30 años después

La noche de los lápices

La memoria de los sobrevivientes



PABLO PIOVANO

Los documentos de inteligencia de la Bonaerense sobre el seguimiento de los homenajes a La Noche de los Lápices en democracia.

En democracia continuó el espionaje a los estudiantes

El compromiso y la conciencia de los estudiantes secundarios secuestrados y desaparecidos durante La Noche de los Lápices era un ejemplo, cuyo valor simbólico preocupaba a la Dirección de Inteligencia de la Policía de Buenos Aires (Dipba), que siguió espiando, hasta 1998, todas las actividades político-culturales relacionadas con el tema. Varios agentes infiltrados mantuvieron informados a la Dipba sobre todo tipo de expresión vinculada con ese acontecimiento: desde la película de Héctor Olivera hasta una simple pintada en la calle que denunciaba: "Ayer La Noche de los Lápices-hoy la yuta de Duhalde".

"Estos archivos, desclasificados en 2001, muestran el planteo filonazi de los represores, que seguían abocados a la detección temprana del 'cáncer' de la subversión en los establecimientos educativos, donde 'los chicos se podían contaminar'", comentó a **Página/12** Sandra Raggio, de la Comisión por la Memoria de la provincia de Buenos Aires, que custodia los documentos de la Dipba. Por eso, seguir las actividades en torno del tema "era parte de la doctrina de seguridad –afirma Raggio– de prever y controlar al enemigo interno" y de su obsesión por "'curar' el cuerpo infectado". "No es casualidad que a la sala de tortura le dijeran 'quirófano', ellos creían que la tortura era una forma de limpiar ese cuerpo."

Según Raggio, la frase La Noche de los Lápices apareció por primera vez en los archivos de la Conadep en 1984. No se ha podido constatar que fuera una creación de los militares ("es demasiado poética para que se les ocurra a Camps o Massera", ironizó la investigadora). Lo cierto es que los papeles encontrados en el archivo de la Dipba muestran un seguimiento sistemático de todo acontecimiento en el que figure esa frase. Los informes de los espías mantienen el lenguaje y el pensamiento de los represores: se habla de "elementos", se "individualizan" los oradores de las marchas y se registran las "pancartas" de los partidos políticos que organizan y participan en cada acto en rememoración de La Noche de los Lápices. "Esas marchas conjugan lo 'peligroso': jóvenes activos, que se mezclan con partidos de izquierda o simplemente forman centros de estudiantes", concluye Raggio.

> Los archivos secretos de la Policía Bonaerense muestran cómo hasta 1998 se informaba sobre las marchas y debates relacionados con La Noche de los Lápices. Un expediente especial sobre la película de Olivera.

Uno de los documentos, fechado el 7 de septiembre de 1995, describe una charla-debate que la agrupación Venceremos organizó sobre el tema, algo considerado como "propagandístico" por el infiltrado, que cumplió en informar al director de Inteligencia que la agrupación también había hecho "pintadas en la ciudad, reivindicando a Fidel Castro y al Che Guevara". Dos años antes, un agente de la policía de La Plata concurrió al aniversario de La Noche de los Lápices, en el Congreso porteño y apuntó: "Elementos pertenecientes a diversas agrupaciones políticas y también estudiantiles procedieron a concentrarse en las inmediaciones del lugar". Seguidamente enumeró las pancartas: "Partido Obrero, Peronistas al Frente, Corriente Nacional Patria Libre, Federación Juvenil Comunista, Partido de la Liberación, Partido Socialista de los Trabajadores y MAS". También mencionó a las asociaciones estudiantiles secundarias, pero hizo constar que "los oradores, que fueron varios, no pudieron ser individualizados". La Dirección de Inteligencia de la bonaerense también investigó los actos oficiales, como la creación del monumento recordatorio a La Noche de los Lápices en Moreno, en 1991. El espía relató la actividad, sin olvidarse de mencionar al concejal Andrés Pestarino, uno de los impulsores del homenaje, y rastrear a algunos diputados que lo apoyaron. Otros legajos demostraron la preocupación de la Dipba por una marcha a la quinta de Olivos de HIJOS (Hijos Contra la Impunidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio).

Al parecer, en 1993, los espías descubrieron la película dirigida por Héctor Olivera (que fue estrenada en julio del año 1986). Aunque no está muy convencido de la existencia de La Noche de los Lápices, el informante describió el "hilo argumental que se plantea en torno del reclamo de los educandos de nivel secundario, respecto de la implementación del 'boleto estudiantil', y las circunstancias por las que atraviesa un grupo de ellos, luego de ser supuestamente detenidos y recluidos clandestinamente". Luego adjuntó con el informe, fotogramas del principio y fin de la película, donde figuran los nombres de las personas que participaron en su realización.

"Tienen una idea esencialista de Nación. Para ellos, lo que contamina es todo lo que no obedece a la lógica de lo cristiano, occidental y capitalista", reflexionó Raggio, a 30 años de aquella terrible primavera de 1976. Para esta investigadora, los archivos de la Dipba tienen una "relevancia fundamental" porque pusieron al descubierto "el seguimiento de las actividades de los militantes por los derechos humanos durante los '80 y los '90".

Informe: Emilio Ruchansky.

POR VICTORIA GINZBERG



Desde que salió en lib
desaparición de los se
secuestrados el 16 de
Pero sólo ahora volvió
sitio donde compartió
durante más de tres m
salir. Y me convencí d
saben sus nombres, s
adolescentes que se m
Esa es mi tranquilidad

El cuerpo reconoce el lugar, se amolda a la penumbra. El hombre, entrado en los cuarenta, de pantalón de vestir y camisa clara, percibe al chico de 17 años que fue, cuyo sueño era ser "un trabajador". El chico que se encontró tirado en un calabozo mínimo, atado, vendado y vestido sólo con un calzoncillo hecho jirones después de haber soportado la tortura. En ese mismo sitio, donde antes no estaba ese catre de cemento que ahora ocupa media celda, Pablo Díaz escucha la voces, los gritos que lo despidieron el día que salió de ahí y que quedaron para siempre repitiéndose como un eco en su cabeza.

Es un calabozo de 1,5 por 2,5. Está lleno de polvo. La pintura, de un color indefinido entre el gris y el verde, está descascarada. Pablo está parado en la pared del fondo. Es la misma celda en la que estuvo durante más de noventa días con los ojos tapados por algodones y cinta adhesiva y las manos atadas con una soga que también le rodeaba el cuello. "Es una sensación rara, me siento cómodo, esto es parte de mí", dice treinta años después, como si estuviera en un refugio. "En mi casa me voy al baño, me recluyo a pensar ahí", explica. Una de las costumbres que le dejó el encierro. "Estar acá, contra la pared del fondo, era estar en un lugar seguro, estar acá y que el otro estuviera del otro lado, en la otra celda, apoyado en su pared. Lo peor era que te abrieran la puerta, la incertidumbre." De vuelta en su calabozo, Pablo recuerda: "Uno de los juegos era volar. Cerrar los ojos y recorrer nuestras casas por arriba, el barrio, la gente...". La mirada se le pierde.

Y allí está, el Pozo de Banfield, en otro barrio, uno como muchos. Por la ventana del pasillo se ven las casas de tejas anaranjadas y algunos monoblocks ferroviarios. Un edificio de tres pisos de un blanco ensuciado que ocupa casi media manzana. "Chau milicos asesinos", "Fascistas", son algunas de las inscripciones en aerosol que quedaron en la fachada como huellas de las marchas al lugar y los reclamos para que la policía desocupe el predio, hecho que concretó el gobierno provincial hace un mes. A dos cuadras de los Tribunales de Lomas de Zamora. Y muy cerca del cementerio municipal. Los vecinos dicen que conviven con fantasmas, pero en realidad convivieron con la muerte. Con los camiones que hacían luces para entrar y bajar a los hombres y mujeres vendados que depositaban en el primero y segundo pisos. Con los guardias que rondaban. Con el médico policial Jorge Bergés, que llegaba para atender a las embarazadas y salir de allí con un bebé para entregar a alguna familia recomendada y un destino marcado para la madre. "Desde acá, parecería fácil poder escaparse", imagina Pablo desde la vereda. Pero hace treinta años no podía saber que el edificio que albergó hasta hace poco a la Dirección de Homicidios y el área de Logística de la Dirección General de Servicios de Custodias de Objetos Fijos, Personas y Traslados de Detenidos de la policía bonaerense estaba tan cerca de la "civilización". Para él, era la nada.

El secuestro

Pablo fue detenido el 21 de septiembre a las cuatro de la mañana, cuando un grupo de tareas integrado por miembros del Ejército y de la Policía Bonaerense irrumpió en su casa. Aunque estaba dormido, no tardó mucho en darse cuenta de lo que ocurría. La represión había golpeado en esos días al movimiento estudiantil en La Plata.

En la madrugada del 16 de septiembre, entre las 12.30 y las cinco de la mañana, habían sido secuestrados Claudia Falcone, María Clara Cocchini, Claudio De Acha, Daniel Racero, Horacio Ungaro y Francisco López Muntaner. Todos eran militantes de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) y siguen desaparecidos. Una semana antes había sido detenido Gustavo Calotti. Un día después se llevaron a Emilce Moler y Patricia Miranda. Ellos tres pasaron por Arana, junto con los seis chicos desaparecidos, pero su segundo destino no fue Banfield, sino que fueron llevados a otros centros clandestinos. Finalmente fueron liberados.


Los estudiantes desaparecidos: Ho

El 21 fue el turno de Pablo, que había militado en la UES y en ese momento estaba en la Juventud Guevarista. También fue conducido a Arana, donde fue torturado y sometido a simulacros de enfrentamientos. Luego de seis días llegó a Banfield.

"Seccional custodia y traslado interprovincial de detenidos", se lee en la puerta de chapa marrón. Pablo la atraviesa, ahora caminando. Hace treinta años la cruzó una madrugada dentro de un camión que lo traía junto con otros detenidos. "Sentía que había más gente pero no podía verlos. Sólo se escuchaba la conversación de ellos. 'Este se queda acá, bajá la documentación', ese tipo de cosas", recuerda. Ese camión estacionó en un

EN EL LUGAR DONDE
MA VEZ A SUS
S DESAPARECIDOS

to que los
de acá"

ertad denunció la
eis adolescentes
septiembre de 1976.
al Pozo de Banfield, el
el cautiverio con ellos
meses. "Juré que iban a
e que los saqué, se
us historias. Hay
referencian en ellos.
."

PABLO PIOVANO













racio Ungaro, Daniel Racero, María Claudia Falcone, Francisco López Muntaner, María Clara Ciocchini y Claudio De Acha.

patio amplio que está ahora pintado de un celeste hospital.

El calabozo

Las celdas están en el segundo piso. En la escalera hay un cartel que previene a los que suben para que se "tomen del pasamano" de hierro. Es un aviso que no parece tener treinta años pero que de todas formas los chicos nunca hubiesen visto: llegaban hasta el calabozo "en el aire", sostenidos por los guardias, y entre golpes.

Tras una puerta de rejas está el pasillo y allí, doce chapas enfiladas son la entrada a lo que fue el infierno personal para cada uno de los detenidos. Casi un agujero, sin luz, sin aire, donde el calor asfixiante se alternaba con la humedad y el frío. Ese lugar fue el mundo de Pablo durante más de noventa días: las paredes, el pasillo, la pileta del baño en la que le hacían vaciar la lata que tenía en la celda, la ducha que recibía cada mucho y el escalón que para cualquier visitante pasaría inadvertido pero que él se llevaba a diario por delante.

En el calabozo que fue de Claudia Falcone, el segundo del sector A, hay un montón de colchones viejos. "Dios es la ley, la justicia, el juez, el jurado, sólo la justicia divina puede hacerse aquí", escribió con marcador alguno de los presos que pasaron recientemente por ese lugar. En el sector B está el de Pablo. "Al principio caminaba y contaba los pasos. Hacíamos ejercicio, pero eso duró diez, veinte días. Después, ya no podíamos por la falta de comida, el cansancio moral."

Hace treinta años Pablo se apoyaba en la misma pared que lo sostiene durante la entrevista y con algunos golpes comenzaba una comunicación con la chica del otro lado. Después vinieron las charlas, las confesiones y las promesas de una relación afuera, en el mundo que, aunque no sabían, estaba sólo cruzando la vereda.

PABLO PIOVANO



Los calabozos del centro clandestino de detención Pozo de Banfield.

La denuncia

"¿Por qué la Noche de los Lápices se convirtió en un hecho tan emblemático? Porque cuando decidimos contar la historia la contamos simple", dice en referencia a la película de Héctor Olivera, en donde se asoció la desaparición de los estudiantes casi exclusivamente con el reclamo por el boleto estudiantil, a diferencia del libro de María Seoane y Héctor Ruiz Núñez. "También sé los errores que cometí", agrega. "¿Haber minimizado la militancia? Tenía miedo a los prejuicios de la gente. Hubo una represión intelectual y moral y desapareció también el sentido común, lo que estaba bien, lo que estaba mal. Pero creo que simplificarlo también sirvió", asegura. "Tampoco me gustó contar una historia de amor entre Pablo y Claudia. ¿Qué era realidad, qué era amor? Después de noventa días hablábamos de vivir juntos, era una relación construida espalda con espalda, en base al hambre, a no poder pararnos. Cuando salí, me convencí de que hubiésemos sido amigos", dice hoy.

Los partos

Los adolescentes de la UES no eran los únicos compañeros de Pablo en Banfield. Entre los secuestrados, había tres mujeres embarazadas: Gabriela Carriquiriborde, Cristina Navajas de Santucho y Stella Maris Montesano de Ogando. Ellas estaban en el primer piso, pero cuando se aproximó la fecha de parto las subieron y las pusieron en las celdas del segundo, acompañadas por otro detenido que debía avisar cuando llegara el momento del nacimiento. Pablo estuvo con Gabriela, a quien no vio, pero percibió por el tacto –"le tocaba la panza"– y por la voz. "Cuando empiecen las contracciones tocá la puerta", le indició el médico policial Jorge Bergés, a quien Pablo reconocía por el pantalón de traje gris y rayas anchas y los zapatos abotinados que logró ver los primeros días del cautiverio, antes de los algodones en los ojos: "Cuando Gabriela grita 'ya viene, ya viene' empiezo a gritar yo, 'llamen a la guardia'. Después se la llevaron, pero no volvió a subir. Trajeron una chapa porque no tenían camilla y en la escalera se les cayó, se escuchó el ruido. Nos decían que la iban a llevar a una chacra con su hijo, que no nos preocupemos. Pero los chicos están desaparecidos."

La despedida

Pablo habla y reconoce el particular sonido que rebota en las paredes. También siente que sus compañeros lo acompañan. Los escucha. Pero dice que está en paz: "Hice el juramento de que iban a salir. Y me convencí de que los saqué, les di una identidad, los liberé. Los llevé con sus familias, yo los saqué de acá. Se saben sus nombres, sus historias, los llevé a sus barrios. Hay adolescentes que se referencian en ellos. Esa es mi tranquilidad".

Repite una escena con precisión. Es la despedida: "El día que me sacan...me vinieron a buscar, fue a fines de diciembre. Me llevan abajo, había un mayor del Ejército que le dijo a otro: 'A éste le llegó un salvoconducto'. Yo no caminaba, estaba con un calzoncillos hecho tiras y la pierna pelada de dormir en el suelo. Tenía la marca de la soga en el cuello. Abajo me limpiaron los ojos, sentía que me sacaban fotos, me pusieron un pantalón, una camisa y zapatillas (me probaron varios pares de zapatos hasta encontrar uno que me fuera) y me suben vestido, sin la soga y con una venda sin algodones en los ojos".

"Me llegó un salvoconducto, me pasan al PEN", informó Pablo a sus compañeros sin saber muy bien de qué se trataba. "Te salvaste, te legalizan", le dijo el detenido de la celda de al lado, Osvaldo Busetto, un preso más experimentado. "Ante esa noticia –sigue Pablo– quedaba la incertidumbre de qué pasaba con los otros. Osvaldo decía: 'No se preocupen, perejiles, a lo mejor los dejan en sus casas'. Pero nadie le creía. Unas horas después, un tipo me dice 'vos ya no tenés nada que hacer acá'. Y ahí los chicos empiezan a gritar 'acordate de mí', 'no te olvides de ir a mi casa'. En ese momento pido ver a Claudia. En el pasillo un guardia me dice: 'Acordate que yo no te hice nada' y me lleva a la vuelta. La puedo ver. Me acerco y ella se arrodilla en un rincón. Lloraba. Me dice que no la mire, que la habían violado." Pablo salió. Antes de irse, se agarró de una reja y les gritó a sus compañeros: "Van a salir todos".



EMILCE MOLER, SOBREVIVIENTE DE LA NOCHE DE LOS LAPICES

"Mi mente era mi espacio de resistencia"

POR V. G.

Emilce Moler fue detenida el 17 de septiembre de 1976. Era estudiante del Colegio Bellas Artes de La Plata y militaba en la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) con los seis jóvenes que están desaparecidos. Pasó por los centros clandestinos de Arana, Pozo de Quilmes y la comisaría de Valentín Alsina antes de ser "blanqueada" en Devoto. Hasta hace poco, su nombre no se asociaba con el de los adolescentes secuestrados en La Noche de los Lápices. "Lo del boleto sirvió para mostrar que la organización estudiantil permite llegar a reclamos. Pero fue una marcha más", señala, para combatir la imagen de que los estudiantes fueron perseguidos exclusivamente por organizar esa movilización. Además, habla del despertar a la política y de la dureza de la represión. "Mi mente era mi espacio de resistencia", asegura.

Fue secuestrada el 17 de septiembre de 1976, en el marco de la represión al movimiento estudiantil platense. Militaba en la UES, como los seis adolescentes que están desaparecidos. "Lo del boleto sirvió para mostrar que la organización permite llegar a reclamos. Pero fue una marcha más", asegura.

–¿Por qué cree que La Noche de los Lápices se convirtió en un hecho tan emblemático?

–Porque nadie se podía oponer a esa historia como fue contada. Esto es, que eran chicos inocentes que luchaban por un boleto. A eso nadie se puede oponer. Hay cosas que no están cerradas: la cuestión de la violencia, de la lucha armada. A mí me llaman para dar charlas de escuelas de monjas. Si bien yo nunca participé de la lucha armada en sí, si no se hubiera contado de esa manera... no me llamarían.

–¿Contarlo de esa manera sirvió porque era lo que se podía hacer en ese momento o fue un error?

–Es difícil hacer un análisis contrafáctico. Quizás hoy tendríamos una sociedad más evolucionada. O tal vez la sociedad no iba a poder escuchar más que eso. No tengo una respuesta. Pero modificar o recrear hechos tan instalados es muy difícil.

–¿Cómo era la vida de un estudiante secundario militante en los '70?

–Yo entré al secundario en el '72 y empecé a militar en el '75. Pasé del colegio de monjas al Bellas Artes y fue una ruptura, el despertar de la participación política, de otro mundo posible. Había gran libertad, solidaridad, participación, mucho compromiso. Pero en el '75 hay un cambio fuerte. Nos separan de la escuela superior, de la facultad.

–¿Cuándo fue la primera vez que participó en un acontecimiento político?

–Cuando entramos a la escuela, las mujeres no podíamos usar pantalón. La primera asamblea a la que fui, a los trece años, era para poder usarlo. A los pocos días había una toma en la escuela por otro tema. En mi casa dije que iba a ir y me encerraron en mi habitación. Eso despertó más inquietud. Fue muy significativo cuando mataron a Rodolfo Achen y Carlos Miguel, no docentes de la Universidad de La Plata, en octubre de 1974. Vamos al cementerio y en el camino hay represión. A partir de ahí no tenemos más clases. En ese entonces yo no estaba identificada con ninguna agrupación.

–¿Y cuándo fue el salto a la organicidad?

–En el '75. Cambian profesores y preceptores. Incorporan preceptores de la CNU (Concentración Nacional Universitaria, ligada a la Triple A) y empieza a haber mayor represión en la escuela. Ante eso pienso que hay que estar en alguna agrupación para hacer algo más orgánico. En el '75 ya no podíamos hacer asambleas abiertas y por eso surgió la idea de lo del boleto estudiantil. Veíamos que en ese momento había situaciones económicas adversas y nos pareció un reclamo con el que se podían enganchar varios estudiantes. Así surgió la idea de la marcha. Venían tiempos difíciles. Un hito importante fue en diciembre de 1975 cuando aparece muerto Patulo Rave, un compañero de la UES muy querido. Apareció colgado en un puente, tenía 18 años. Eso fue un llamado de atención fuerte, tomé conciencia de que nos podía pasar eso. Lo del boleto sirvió para mostrar que la organización estudiantil permite llegar a reclamos. Pero fue una marcha más. Fue un logro, pero de reivindicación estudiantil.

–¿Qué cambios hubo después del golpe?

–Más significativo fue el '75, cuando los preceptores nos amenazaban en el baño. Iban armados a la escuela. En el '76 en la escuela ya no hacíamos nada. Tratábamos de hacer algo afuera denunciando la dictadura. Como yo era de Bellas Artes, armaba las reuniones en el zoológico o en el museo, que eran lugares donde íbamos naturalmente. Las reuniones eran de análisis de la realidad y mucho control sobre quién faltaba a una cita. Veíamos qué podíamos aportar a documentos y denuncias. Hacíamos actos relámpagos en la puerta de una escuela o en el centro con volantes y bombas de estruendo.

–¿Qué relación tenía con los seis chicos que están desaparecidos? ¿Militaba con todos ellos?

–Con casi todos. Horacio Ungaro era el más cercano. Nos conocimos a los trece años. Si bien los dos éramos de La Plata, nos conocimos en Mar del Plata, patinando, e íbamos al club universitario juntos. Nos empezamos a encontrar en las marchas, en los actos. María Claudia Falcone y Francisco López Muntaner eran de Bellas Artes, eran más chicos. Panchito tenía hermanos mayores que militaban y eso hacía que tuviera más elementos para la militancia, era muy responsable, Claudia lo mismo. A los demás los conocía de reuniones, asambleas o peñas.

–¿Qué le pasa hoy cuando ve las fotos de ellos?

–Es muy fuerte. El otro día me mostraron la última foto de Panchito, en un cumpleaños de quince. Te agarra mucha indignación ver lo jóvenes que eran. No les dieron ninguna posibilidad. Cuando estoy dando charlas, veo caras de chicos y tomo conciencia de que nosotros teníamos esas edades. Te da mucha indignación.

–¿Cuál es la imagen que define su secuestro?

–El Pozo de Arana fue donde toqué fondo respecto de la condición humana. Ahí me desintegré. Primero, por la cantidad de torturas que recibí, las condiciones en las que estábamos. El 21 de septiembre nos sacan a un patio al aire libre, vendados y esposados para festejar el Día de la Primavera. Pretendían que cantemos. Eso demuestra el trato que tuvimos, no había límite en la degradación que buscaban. La tortura no se justifica de ninguna manera. Pero si alguien tiene la fantasía de que te torturaban para conseguir información, no es cierto.

–¿Cuál cree que era el objetivo? ¿Degradarlos?

–Degradar y quebrar. Cuando se enteraron de que yo era hija de un policía retirado, sólo me torturaban por eso. Me decían por qué le había hecho eso a mi padre. Había actos de sadismo, con las mujeres siempre se complica por la cuestión vejatoria. Ese sería para mí un hito, donde tocás fondo. El cuerpo ya no tiene más referencias con la realidad. Te queda tu entereza, tu capacidad intelectual y moral. Con eso no se pueden meter y de eso yo me di cuenta. Traté de estar lo más lúcida posible. Con mi cuerpo podían hacer cualquier cosa, pero mi mente era mi espacio de resistencia. Por otro lado, para mí fue muy difícil cuando entro a Devoto. Es paradójico porque era la legalidad, la esperanza de sobrevivir, pero por otro lado en los centros clandestinos era el día a día, momento a momento. Y en Devoto se trataba de vivir en cautiverio. Me leyeron los cargos: tenencia de explosivos, asociación ilícita, y yo lloraba y le explicaba a la celadora que no era cierto. La sensación era de impotencia. Uno pensaba en que iba a tener una defensa, abogados. Cuando te das cuenta de que sólo cambia el aspecto externo, pero el dominio es el mismo, hasta con una fachada legal, la impotencia es muy grande.

–¿Cuándo fue la última vez que tuvo noticias de los chicos que están desaparecidos?

–El 23 de septiembre nos cargan en un camión a todos, vendados y esposados. Yo sabía que estaban Gustavo Caloti y Horacio Ungaro porque compartimos sesiones de torturas. Sabía que estaban Claudia y María Clara porque compartí la celda con ellas. En un momento leen una lista y empiezan a bajar gente. Ahí bajan Horacio, Clara, María Claudia, que son los que yo reconocía. Gustavo, yo y otros seguimos para Quilmes. Creo que ya estaba dividida la suerte. En ese momento yo pensaba que los iba a encontrar en otro lugar. En la brigada de Quilmes estuve hasta diciembre, cuando me avisan de que me ponían bajo el PEN, que yo no sabía qué era. Antes de Devoto estuve en la comisaría de Valentín Alsina.

–¿Cuándo se enteró que seis de ustedes estaban desaparecidos?

–En Devoto seguía preguntando por ellos. Pensaba que en cualquier momento venían. Asumí que estaban desaparecidos con el resto de la sociedad. No fue algo inmediato.

–Arana, Devoto son imágenes del cautiverio. ¿Cuál es la imagen de su libertad?

–Tardé mucho en darme cuenta de que estaba en libertad. Primero, porque mi salida fue traumática. A todos los presos los sacaban a Coordinación Federal, llamaban a un familiar y se iban. A mí me dijeron que me vaya de Devoto, me abrieron la puerta y me tuve que ir sola caminando. Fue el 20 de abril de 1978. Mis padres estaban viviendo en Mar del Plata, porque a mí no me iban a dejar volver a La Plata. Salí caminando como en las películas, mirando para atrás. Pensaba que me mataban. Me tomé un taxi y fui a la casa de la familia de una compañera que me había dado la dirección. Antes no era fácil llamar por teléfono, mis padres no tenían, así que llame a la portería de la casa de mis padres, que me vinieron a buscar. Estuve un año con libertad vigilada. La cuestión del mar siempre fue importante. Caminar por la playa no sé si fue darme cuenta de que estaba en libertad, pero fue empezar a recuperarme. ¿Cuándo me di cuenta de que estaba en libertad? Creo que cuando tuve mi primera hija. Fue el acto de mayor sensación de libertad que tuve. Ella nació en septiembre del '83 y faltaba poco para las elecciones. Me parece que ahí fue cuando tomé dominio de mi cuerpo, era yo la que manejaba mi cuerpo. Y se daba en un momento de apertura democrática. Tardé, pero después nunca más tuve miedo.